

María José Cortés

EL LIBRO
DE LOS DONES

Prólogo: Miguel Losada



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
—ANAQUEL DE POESÍA, n° 55—
MADRID • MMXVI

De la obra © MARÍA JOSÉ CORTÉS

Del prólogo © MIGUEL LOSADA

De la edición © EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

www.cuadernosdelaberinto.com

Dirección de la colección: ALICIA ARÉS

Diseño © Absurda Fábula

www.absurdafabula.com

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

Marzo 2016

I.S.B.N: 978-84-944752-2-1

Depósito legal: M-8489-2016

Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

*Quizá todos los dragones de nuestra vida
son princesas que esperan sólo eso,
vernos una vez hermosos y valientes.
Quizá todo lo espantoso, en su
profunda base, es lo inerme, lo que quiere
auxilio de nosotros.*

RAINER MARÍA RILKE

«Cartas a un joven poeta»

*Nadie rebaje a lágrima o reproche
esta declaración de la maestría
de Dios, que con magnífica ironía
me dio a la vez los libros y la noche."*

JORGE LUIS BORGES

CADA VEZ QUE ABRAS EL LIBRO DE LOS DONES

Por MIGUEL LOSADA

Todo libro de poesía auténtica supone un camino, un camino que a veces se bifurca; un camino interior hacia el conocimiento de uno mismo y al tiempo un camino exterior condicionado por el mundo que siempre nos rodea y la forma de expresarlo.

En su «Poema de los dones», Jorge Luis Borges muestra como declaración de la maestría de Dios que le sean ofrecidos a la vez «los libros y la noche», pues sus ojos sin luz sólo pueden ya leer en las bibliotecas de los sueños. Y así, «el mundo se deforma y se apaga/ en una pálida ceniza vaga/ que se parece al sueño y al olvido».

Sueño y olvido. Vicente Huidobro consideraba a los poetas como magos, porque sólo los poetas son capaces de hacer nacer las cosas de la nada con tan sólo evocarlas en palabras. Sólo ellos pueden hacer crecer un árbol dentro del poema. Son los detentadores de un don. San Pedro dijo, «cada uno según el don que ha recibido muéstrelo a los demás...» Pero como «el Don es el Espíritu mismo», quizás podríamos suponer que es este el verdadero don que invoca María José Cortés desde el título de su primer poema, «Donum», y que esta es palabra de conocimiento, palabra de revelación. La palabra poética en toda su desnudez.

Porque la autora parte de un no saber, de un contemplarse en el espejo, donde «a diario me miro en mi reflejo...» Porque frente a la poesía de los hechos, de las circunstancias, hay otra poesía de las cosas esenciales. Biografía espiritual, camino hacia lo que somos. Las cosas no son siempre lo que dicen. Y ese desconocimiento lleva con frecuencia a no encontrar salida. Y hay desolación en el contorno de ciertos pasajes, «en los quirófanos de la memoria». Y cada uno está «con su soledad a cuestras», «con su cicatriz a cuestras». Porque es ahí, en el territorio del poema,

donde se vuelcan las cicatrices del alma. Por algo nos decía María Zambrano que la poesía es «padecimiento y sacrificio». Pues el dolor es necesario para sacar las cosas a una nueva luz, para devolverlas a su verdadero origen.

Claro que a veces triunfa la melancolía y uno se deja llevar por «el coágulo de sangre que habita en la garganta». Pero el poeta es el señor de las palabras, sabe de su poder de seducción. Sabe que el lenguaje es un don pero también una vestidura. Y conoce el certero diagnóstico del amor. Ese amor que está al final del túnel y es escape a la frustración y el desamparo.

Puede que algunos piensen que el mundo no tiene necesidad de los poetas. Pero, entonces, sin poesía. ¿Dónde íbamos a depositar nuestras dudas? ¿Dónde el desorden de nuestro nombre? ¿Nuestros sueños fuera de circuito, nuestro altivo deseo de belleza, de confusión, de rebeldía?

El poeta no tiene porque buscar razones ni porque explicar nada. Articula su propia realidad, «inventa sueños o sueña inventos». Y es precisamente en esa manera de expresar las cosas en donde encontramos la voz más personal de M^a José Cortés, en donde muestra su voluntad de estilo, de alcanzar un modo propio de decir. Ya que es poeta que sabe jugar con las palabras. Sabe que aunque parezca que no haya salida, en esas largas madrugadas de insomnio, «cuando todos los teléfonos se callan», la luz siempre nos regala un nuevo día y la casa, la casa del poeta, la casa de la poesía, se vuelve a despertar a una nueva vida.

Palabras, pues, como recién nacidas, como recién lavadas por la lluvia. Al fin y al cabo, ¿para qué escribimos? Escribimos para fijar las cosas, porque queremos reencontrar nuestro ser más íntimo, aunque sea para luego volverle la espalda. Porque intentamos que una brizna de hierba nuestra permanezca sobre la tierra, porque creemos que mientras haya un libro y unas manos despiertas que lo abran, existimos. Y así, María José y todos nosotros, podemos alcanzar esa nueva dimensión de las palabras cada vez que invoquemos este libro de los Dones.

EL LIBRO DE LOS DONES

DONUM

Cada uno con su soledad auestas.

La ciudad degusta la caricia del viento de enero
el invierno otorga amuletos a los arbustos
un mendigo ensaya un roto de sílabas.

Cada uno con su pronombre auestas.

Un claxon flagela una lluvia de perseidas
en el occipital derecho de Neptuno
una sábana de escarcha transita las calles.

Cada uno con su cicatriz auestas.

PINCTARE

Me pintaré de rojo los empeines
por si quieres tocarlos
en una de esas tardes
en las que quizá sea mejor quedarse en casa
aunque el patio huela a sopa, sílabas y polvo.
Me pintaré de rojo los empeines
por si quieres dibujarles una línea de saliva
en una de esas tardes
en las que quizá sea mejor volver a casa,
tomar café en la taza favorita
y escucharse los ojos un instante.
Me pintaré de rojo los empeines
por si quieres amarlos
en una de esas noches
en las que quizá sea mejor guardar silencio.

DESOLARE

Hay desolación
en el contorno de ciertos paisajes
en los quirófanos de la memoria
en las palabras que habitan diálogos oblicuos.

Hay desolación
en el zapato ahorcado en un semáforo
en la herida del atardecer
en la ausencia que anega el escritorio
en los errores apócrifos, en los aciertos a veces.

Hay desolación
en el entorno de inciertos paisajes
en los verbos que ocultan la mirada y toman cuerpo
en las huellas que caminan sobre el empeine de los
[bisturíes.